

## Cambó en sus “Memòries”

El prestigio de Francisco Cambó, descollante en la amplia galería de figuras políticas desplegada a lo largo del período histórico de la Restauración, le convierte no sólo en el gran estadista catalán de los últimos cien años, sino en algo mucho más importante: quizá, en la posibilidad frustrada de que la crisis española abierta en torno al 98 y culminante en los años treinta discurriera por cauces capaces de evitar el desenlace en una trágica confrontación armada. Las estimaciones de contemporáneos e historiadores son unánimes: «¡Ay! El gran Cambó... El mejor político del siglo xx...»<sup>2</sup>, diría Romano-nes, en el remanso de su lúcida ancianidad, ya de vuelta de todo. Madariaga escribió: «El genio político mejor dotado que ha producido no sólo Cataluña, sino la España actual...»<sup>3</sup>. Y Pabón, en su obra magna, le recuerda en las Cortes de 1934, anciano y enfermo, pero siempre actual: «La preparación, acrecida y renovada sin cesar, hacía de él un político al día. No había envejecido su oratoria, que seguía dependiendo de la adecuación exacta de la palabra a la idea y constituía —dialéctica contra retórica— un resorte para la acción; se daba todavía menos a la brillantez, porque a la dificultad del idioma se unía ahora la conmovedora afonía que le dejara una terrible enfermedad. En sus discursos y en la dirección de su minoría, persistía el organizador que no desperdiciaba el esfuerzo propio o ajeno en lo improvisado y disperso...»<sup>4</sup>.

Se explica la suerte bibliográfica de esta personalidad señera, a la que han dedicado libros importantes Josep Pía —desde el cálido trasunto, a medias

<sup>1</sup> Francesc Cambó, *Membríes (1876-1936)*, Alpha, Barcelona, 1981.

<sup>2</sup> Carlos Sentís, «Lo humano en Cambó», en *A B C*, 3 de mayo de 1947.

<sup>3</sup> Salvador de Madariaga, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Buenos Aires, 1944, págs. 261-262.

<sup>4</sup> *Cambó*, Barcelona, 1952, tomo I, pág. 20.

historia y a medias evocación «vívida», de sus *Homenots*<sup>5</sup>—, García Venero —una de sus biografías políticas, que parecen variantes de un solo libro— y Jesús Pabón. (Habría que añadir, porque abarca de lleno la actividad política —o la plataforma política— del personaje, la notable monografía de Isi-dre Molas sobre la *Lliga Regionalista*; e incluso los trabajos de Borja de Riquer sobre los procesos electorales en la Cataluña de comienzos de siglo.) De todas estas obras destaca, soberanamente, el monumental estudio de Pabón —tres volúmenes, de los cuales el primero apareció en 1952 y sólo en 1969 el segundo y el tercero—. Refiriéndome a él escribí: «Es el mejor monumento a la personalidad de Cambó y la más certera interpretación de un denso y trascendente período de nuestra historia más próxima, concebido como una llamada al equilibrio, al entendimiento entre los diversos conceptos de España, tantas veces resueltos en la tensión de las guerras civiles»<sup>7</sup>.

La obra de Pabón contaba con una ventaja decisiva sobre las de Pía y García Venero: el autor había tenido amplio acceso a los «papeles de Cambó» y, desde luego, a estas *Memorias* que ahora se publican. De aquí que resulte apasionante comparar lo que el político catalán *nos ha contado de sí mismo y de su obra* con lo que el gran maestro de historiadores que fue Jesús Pabón nos dijo sobre ella, situándola en perspectiva adecuada, relativizando los juicios —no siempre equilibrados— del autor sobre hombres y circunstancias, y convirtiendo a aquél en punto de referencia y contraste para una extraordinaria reconstrucción de nuestra época contemporánea. En cierto modo, y pese a su extensión (542 páginas), uno piensa que, hoy por hoy, las *Membries* de Cambó tendrían su mejor lugar como apéndice al gran estudio paboniano. Lo cual no pretende restar lo más mínimo del interés que encierran por sí mismas; muy al contrario, son una clave de «aproximación» al personaje.

Refiriéndome al género autobiográfico escribí en otro lugar que cuanto nos llega a través de diarios y memorias requiere —en la inmensa mayoría de los casos— «un meticuloso cuidado por parte de quien los utilice para salvar lo que encierran de pura intencionalidad *defensiva* o justificante», y que «obligan de continuo a leer entre líneas, ya que a veces es precisamente lo que no se dice, o la forma en que las cosas se nos dicen, lo que de ellos conviene recoger»<sup>8</sup>. En el caso de Cambó, sus recuerdos no dan cabida sino con alcance muy restringido a lo puramente personal; así, las imágenes, frescas y trémulas, de la infancia lejana, repartida entre Vergés y Besalú, entre

<sup>5</sup> Josep Pía, *Francesc Cambó. Materials per a una historia*, en *Obra completa*, tomo XXV, Barcelona, 1973.

\* M. García Venero, *Vida de Cambó*. Prólogo de Gregorio Marañen, Barcelona, 1952.

<sup>7</sup> «Jesús Pabón. El hombre, el político, el historiador», en «Homenaje a Jesús Pabón», *Revista de la Universidad Complutense*, vol. XXVII, núm. 112, pág. 124.

<sup>8</sup> «La biografía como género historiografía», en *Once ensayos sobre la historia*, Col. Ensayos, Fundación «Juan March», Madrid, 1976, pág. 115.

el Ampurdán y la Garrotxa: hay un apunte en el que podría cifrarse el arranque de su «catalanismo», incubado como vivencia entrañable en Besalú. («Entonces yo no apreciaba las bellezas del viejo Besalú, pero recuerdo que me sentía plenamente satisfecho de ellas cuando se veían, por las calles, barceloneses y extranjeros que venían a contemplarlas y admirarlas, y sobre todo cuando venían pintores para copiarlas; pasaba horas enteras allí, cerca del caballete del artista, contemplando cómo las pinceladas dejaban, sobre la tela, las cosas que yo podía contemplar cada día. *Gran valor deben tener, me decía satisfecho, cuando tanta importancia se les da...* No tengo ninguna duda de que haber pasado toda mi infancia viviendo entre nobles piedras evocadoras de un viejo pasado glorioso influyó considerablemente en mi espíritu. Y cuando Francisco Montsalvatge comenzó a escribir su *Historia de Besalú* y enviaba los primeros volúmenes a mi padre, yo los leía fervorosamente, como si leyese la historia de mi familia, y sentía ya el orgullo del Besalú medieval, de sus grandes condes y del abad Oliva»<sup>9</sup>). Igualmente reveladoras de la fibra más íntima de Cambó son las páginas dedicadas a su hermano, y sobre todo las que reflejan el fervoroso culto que siempre profesó a su madre —a la que, sin duda, debió la posibilidad de una formación universitaria—: el relato de su muerte vibra con el trémolo de una emoción hondísima. En cambio, la discreción de estas *Membries* es máxima en cuanto afecta a las relaciones sentimentales —o eróticas— del autor, que probablemente hubieran requerido otro tipo de «confesiones». Para comprender este silencio basta recordar la seriedad con que el joven Cambó decide, a partir de un momento determinado —la época de su actuación en el *Centre escolar catalanista*—, mantenerse célibe para poderse consagrar mejor —con dedicación excluyente y como garantía de indómita independencia— a su vocación política: «Yo —escribe— me había creado la sugestión de un destino trascendental, y a su cumplimiento lo sacrifico todo. El amor, la familia pasan a ser para mí cosas secundarias. Es en este tiempo cuando tomo la decisión de no casarme, decisión que me guardo de confesar a mis padres, que no tenían otra ilusión —y en eso coinciden mi padre y mi madre— que la de verme casado, sosteniendo y continuando la tradición familiar. Todo lo que significase una comodidad personal no tenía (entonces) para mí la menor importancia...»<sup>10</sup>.

## El anverso

Y, sin embargo, el personaje surge entero de estas páginas, en su anverso y su reverso: con cuanto tuvo de admirable; con cuanto es posible hallar en él de negativo o de discutible. En el anverso deslumbra, fundamentalmente, su capacidad creadora, su vocación universalista: dos manifestaciones, por cierto, sumamente características del temperamento catalán.

<sup>9</sup> *Membries*, pág. 22.

<sup>10</sup> *Membries*, págs. 40-41.

Todo Cambó se descubre en la pasión que consagra —como concejal de Barcelona— a la transformación de la ciudad, y muy especialmente al grandioso proyecto de «redimir» Montjuich, utilizando por palanca los proyectos en torno a la gran Exposición Internacional. «Las horas pasadas —escribe— asistiendo y dirigiendo la transformación de la montaña de Montjuich, figuran entre las más felices de mi vida. Yo soy, *por encima de todo, un realizador*, y las realizaciones plásticas, sobre todo si en ellas hay bellezas y están destinadas a un servicio público, me dan un placer tan intenso que ninguno otro se le puede comparar»<sup>1</sup>. Texto este muy oportuno para ponernos en contacto con una dimensión de Cambó muy difícil de hallar entre los políticos españoles —cabe hacer una excepción en el caso de Cánovas y, andando el tiempo, en el de Azaña; pero de manera sólo relativa—: me refiero a la sensibilidad literaria, y sobre todo artística, capaces de configurar como «obra maestra» la empresa política. En Cambó, esa dimensión personal —se comprende dada la vocación «creadora» a que antes nos referimos— se vuelca en fundaciones encaminadas a profundizar en las raíces clásicas de la cultura española —y catalana—, o en el allegamiento de obras de arte para dotar a Barcelona, algún día, de un auténtico Museo del Renacimiento; o para suplir, en el Museo del Prado, los vacíos más sensibles en sus incomparables colecciones —sobre todo en lo que afecta a los primitivos italianos—. La pasión de coleccionista despierta en Cambó en cuanto dispone de medios de fortuna; pero su afición al arte, y sobre todo a la pintura, le acompaña desde Ja infancia prácticamente. «De todas las expresiones de arte —escribe—, la que más me apasionó, ya de antiguo, fue la pintura. Así, cuando al ser diputado pasaba mucho tiempo en Madrid, yo era el más constante visitador del Museo del Prado. Allí me conocía todo el mundo, y me miraban con simpatía. Verdad es que entonces, a comienzos de siglo, cuando ni se daban conferencias delante de los grandes lienzos, ni el Museo estaba instalado como hoy, los visitantes eran escasos. Muchas veces nos encontrábamos allí solos el marqués de Comillas y yo. Al contemplar las obras maestras del Museo o de las grandes colecciones, yo sentía la ilusión de poder convivir algún día con una de aquellas supremas expresiones del arte pictórico. No comprendía cómo pudiese darse un momento de tristeza, de depresión, de descorazonamiento delante de una de las obras supremas de los grandes artistas...»<sup>12</sup>.

En cierto modo, la pasión creadora del político se asemeja a la del artista, en cuanto una y otra llevan a la plena realización del hombre, sobre todo si van impulsadas por la imaginación y por la persecución de un esquema ideal atenido siempre a una realidad que trata de superarse magistralmente.

<sup>1</sup> *Membries*, pág. 224,

<sup>2</sup> *Membries*, pág. 417,

La actividad política de Francisco Cambó se despliega siempre en *intentos de integración* capaces de superar en síntesis constructiva los niveles de crisis: su voluntad de cambio renovador se contraponen decididamente a la alternativa rupturista. Hay una frase suya (no incluida en estas *Membries*) sumamente clarificadora para «entender» la mentalidad del político. En Zaragoza, en 1911, dijo: «Conservad vuestra historia, lo que os resta de vuestras tradiciones; no queráis resucitar lo muerto, pero tampoco queráis dar muerte a nada que viva, aunque su vida sea muy escasa, que en España no se puede desechar nada...» Con agudeza señala Pabón, aludiendo a esta clave permanente en la ideología del personaje, sus raíces canovistas: «De canovista, de político de la Restauración, habrá en Cambó algo permanente: su horror por el *canibalismo*..., su repugnancia por lo catastrófico; la estimación de que lo febril, en política, es síntoma de debilidad...»<sup>13</sup>.

En el plano de la Restauración, los proyectos de «revolución desde arriba» o «desde el poder» reflejaron muy bien esa misma voluntad de cambio sin ruptura, en la teoría de los *regeneracionismos*. Pues bien, Cambó encarna, sin duda, una espléndida versión del regeneracionismo, que proyecta la vitalidad catalana sobre la España agónica del Desastre. Un ilustre sabio español —en la más exacta dimensión del término: hablo de Santiago Ramón y Cajal—, que había vivido de lleno la crisis de Ultramar, afirmó que el 98 trajo dos deplorables consecuencias: «el desvío e inatención del elemento civil hacia las instituciones militares, a quienes se imputaban faltas y flaquezas de que fueron responsables gobiernos y partidos, y, sobre todo, la génesis del separatismo disfrazado de regionalismo». (Se trata de la doble herida denunciada por Laín: «progresiva separación entre los hombres y creciente disensión entre las regiones»<sup>14</sup>.) En definitiva, diremos nosotros, el 98 implicó en sus resultados más lamentables una crisis de solidaridad. Desde el plano más eminente de la *Renaixença*, Maragall comentaría amargamente: «Aquí hay algo vivo, gobernado por algo muerto, porque lo muerto pesa más que lo vivo y va arrastrándolo en su caída a la tumba. Y siendo ésta la España actual, ¿quién puede ser españolista de esta España, los vivos o los muertos...?»<sup>15</sup>.

En réplica a ese pesimismo, a esa insolidaridad sembrados por el 98, el regeneracionismo catalán —el regeneracionismo desplegado espléndidamente en la acción política de Francisco Cambó— se presenta, partiendo de las ideas y de los programas de Prat de la Riba, como una vigorosa apelación a la esperanza y a la vida. Siempre será oportuno subrayar que lo mejor del pensamiento de Cambó es un despliegue de las ambiciosas concepciones de su maestro y jefe, adaptadas a difíciles circunstancias políticas y sociales en continua tensión —las del primer tercio de nuestro siglo—. «Prat sintió —refiere el propio Cambó— que se presentaba una ocasión admirable para que, de

<sup>13</sup> *Cambó*, I, 48.

<sup>14</sup> *España como problema*, Madrid, 1956, tomo I, pág. 446.

<sup>15</sup> Joan Maragall, *La patria nueva*, en *Obras completas*, Barcelona, 1947, pág. 1394.

entre el general pesimismo que se había apoderado de España, surgiese en Cataluña una fecunda afirmación que fuese, simultáneamente, catalanista y españolista.» Se entiende: en los momentos en que Castilla parecía agotar, bajo la amargura del fin de siglo, un ciclo histórico español desplegado bajo su orientación, «configurado» a su imagen y semejanza, Cataluña debía aprestarse a recoger la antorcha; y ese sentido tendría la consigna de «catalanizar a España», esto es, el empeño de brindar a España una concepción descen-tralizadora, contrapuesta a la tradición centralista culminante, precisamente, en los días en que la Restauración daba sus primeros pasos. Ello implicaba todo lo contrario del secesionismo o de la insolidaridad. Nadie como Cambó acertó a expresar tan cálidamente la vocación española de Cataluña, el derecho de Cataluña a encarnar una imagen renovadora de España; derecho tan válido como el que durante siglos había monopolizado Castilla. Siempre me han conmovido sus memorables palabras de 1931: «Lo que nosotros queremos en definitiva es que todo español se acostumbre a dejar de considerar lo catalán como hostil; que lo considere como auténticamente español; que ya de una vez para siempre se sepa y se acepte que la manera que tenemos nosotros de ser españoles es conservándonos catalanes; que no nos desespañolizamos ni un ápice manteniéndonos muy catalanes; que la garantía de ser nosotros muy españoles consiste en ser muy catalanes. Y por lo tanto, debe acostumbrarse la gente a considerar ese fenómeno del catalanismo, no como un fenómeno antiespañol, sino como un fenómeno españolísimo»<sup>16</sup>.

Partiendo de este planteamiento —la afirmación catalana como afirmación española—, Cambó buscó, según la vocación integradora a que antes aludíamos, incorporaciones y asentimientos que permitieran convertir el catalanismo en eje y fermento para una gran política de Estado. En 1907, la Solidaridad Catalana conjuga, en un frente democrático que acoge las aspiraciones autonómicas de la región, fuerzas políticas tan diversas que se extienden desde el republicanismo salmeroniano al foralismo carlista: fuerzas movilizadas como réplica a la famosa Ley de Jurisdicciones (primera brecha abierta en el edificio canovista). Forjado el instrumento de acción parlamentaria —la «minoría solidaria»—, Cambó lo utilizará hábilmente para acortar distancias entre la concepción política maurista —identificada con la Ley de Bases de Régimen Local— y las tesis autonómicas diseñadas por Cataluña, quince años atrás, en las famosas Bases de Manresa.

En 1917 intentará una operación similar, pero de mucho mayor alcance: según la tesis de Aunós, en esa fecha —y en torno a la célebre Asamblea de Parlamentarios—, Cambó se proponía «reunir en un haz compacto todas las fuerzas revolucionarias del país, para servirse de ellas a manera de ariete y lanzarlas contra la carcomida fortaleza de los partidos turnantes que acaparaban el régimen. Era una repetición, en el plano general español, de la abortada tentativa de la Solidaridad Catalana...»<sup>17</sup>. En uno y otro caso, la con-

<sup>16</sup> *Memories*, pág. 57.

<sup>17</sup> Eduardo Aunós, *Itinerario histórico de la España contemporánea*, Barcelona, 1940, página 337.

junción de resistencias movilizadas en sentido insolidario y anárquico —la Semana Trágica de 1909, la huelga general revolucionaria en 1917— haría fracasar el intento de renovar la vida española mediante una especie de «revolución controlada»: ésta quedaría neutralizada, negativamente, por la «revolución desde abajo» en su peor versión, provocando dos nuevos hundimientos en el edificio canovista: en el primer caso, la crisis del Pacto del Pardo —seguida muy de cerca por la de los partidos de turno, que se produjo, como una consecuencia de aquélla, hacia 1913—; en el segundo caso, la ruptura de la paz social e ideológica articulada por Cánovas en torno a la Constitución de 1876.

Todavía en 1930, ya en crisis todo el sistema de la Restauración, intentaría Cambó —en esfuerzo liquidado por su propio hundimiento físico— forjar un eje de resistencia a la revolución que se veía venir, en torno al Partido Centrista: apenas un esquema cuando sobrevino la catástrofe. De lo que este último intento pudo significar, a no haberse interpuesto en el camino de Cambó el terrible diagnóstico de un cáncer de garganta, dan idea sus propias palabras: «¿Qué habría pasado si yo hubiese podido tomar el gobierno efectivo de España a la caída de Primo de Rivera? Difícil es hacer profecías, pero una cosa puede decirse con certeza: que no habría pasado lo que pasó o como pasó, porque yo era exactamente todo lo contrario del general Berenguer y del almirante Aznar»<sup>18</sup>.

Y de otra parte, el esfuerzo y el entusiasmo desarrollados por Cambó «desde» los supuestos políticos de la España de su tiempo, no se agota en sus audaces planteamientos de lo que podríamos llamar «alta política». En dos ocasiones regentó el jefe de la Lliga un departamento ministerial: en 1918 (Gobierno Nacional de Maura) el de Fomento; en 1920 (Gobierno de Coalición, también presidido por Maura) el de Hacienda. En una y otra ocasión Cambó dio el ejemplo de cuanto podía significar una «política de realidades», el despliegue de un programa racional y vigoroso de saneamiento y estímulo al desarrollo del país; cumplido con un agotador esfuerzo personal, en contraste con el marasmo generalizado en aquellos días.

La imaginación y el esfuerzo creador y constructivo que Cambó despliega en el plano político tienen su paralelo en el plano económico. Resulta sorprendente su decisión de 1919. Cambó ha dispuesto hasta entonces de limitados medios de vida: un patrimonio familiar no excesivamente holgado, un bufete al que la vocación política no le permite atender. La independencia económica se presenta ante él como una necesidad urgente, en los días que

<sup>18</sup> *Membries*, pág. 430.

siguen a su primera experiencia práctica de gobierno. Escuchemos sus propias palabras: «Un día sofocante de julio yo me encontraba en los baños de San Sebastián, en la Barceloneta, después de haber nadado un buen rato. El propietario de los baños, el buen amigo Ribalta, me había hecho obsequio de una magnífica caseta de baños, a la cual yo convidaba algunos amigos. El día de que hablo sólo estaba allí Javier Caldero, a mi lado. Recuerdo que le dije: *¿Sabe en qué estoy pensando en el largo rato que hace que callo? Se lo diré ahora, pero usted lo mantendrá en la más absoluta reserva: yo pensaba en la necesidad, no sólo para mí, sino para Cataluña, de que yo tenga una situación económica que me libere de toda preocupación de orden material y me permita consagrarme íntegramente a la política [...]. Necesito hacer una fortuna que me baste para vivir confortablemente, como vivo hace muchos años; que me permita —si la política lo consiente— hacer algunos viajes, y que, si los deberes políticos me lo exigiesen, pueda consagrar todas mis energías al servicio de mi país, sin tener que preocuparme de ningún problema de orden material. Creo que la convulsión política en que vive el mundo hace posible en estos momentos poder reunir rápidamente la fortuna que me convendría y, sobre todo, creo que es el momento de ganarla en el extranjero, de forma que nunca ningún español pueda discutirla*»<sup>19</sup>.

La ocasión vendría con la constitución de la CHADE y la adquisición por ésta de empresas eléctricas situadas en América del Sur. La inteligencia, la honestidad y el esfuerzo que Cambó pondría en alzar aquel emporio económico, que venía a salvar los capitales alemanes invertidos fuera de Europa, son un ejemplo excelente de lo que significa la *empenta* del catalán que se mueve en el mundo de los negocios, lanzado a la pasión de crear riqueza; pero —en el caso de Cambó— una riqueza no entendida nunca como fin, sino como medio para abrir caminos de promoción cultural y social. «Ciertamente buscó la riqueza —ha puntualizado Pabón—. Pero cuantos le conocieron saben que lo hizo, estimándola condición de su independencia política, y que la puso al servicio de los ideales que había confesado»<sup>20</sup>. «Para Cambó —ha subrayado Salvador Millet— la riqueza sólo tenía auténtico valor en cuanto representaba un instrumento, un medio, un camino para la consecución de un alto ideal. Para Cambó era riqueza verdadera la que estaba al servicio del espíritu»<sup>21</sup>.

## El reverso

Lo hemos advertido antes: no todo es grande, no todo es positivo en la trayectoria humana y política de Cambó. Y queremos señalar, desde luego, que reconocerlo así no significa hacer concesiones a la burda «contrafigura»

<sup>19</sup> *Membries*, pág. 320.

<sup>20</sup> *Cambó*, I, 60.

<sup>21</sup> Salvador Millet, *Cambó economista*, cit. por Pabón, I, 60.



que sus enemigos, en Madrid y Barcelona, se apresuraron a alzar desde el primer momento, como mezquina réplica a los méritos y triunfos indiscutibles del gran político (esa contrafigura, por lo demás, no resiste ya al extraordinario alegato histórico de Pabón).

El reverso negativo surge precisamente cuando la *vocación integradora* —la creación de sucesivas síntesis constructivas—, en las que se define la mejor imagen de Cambó, se ve, con mayor o menor alcance, traicionada por un súbito desplazamiento del *seny* por la *rauxa*, en un olvido —muy humano— de lo sustantivo por lo adjetivo. En dos planos se hacen evidentes, a mi entender, las limitaciones o las contradicciones del «regeneracionismo catalanista» según las pautas de la Lliga: en el plano social —se trata de un movimiento de base eminentemente burguesa, que mira como concesión demagógica cualquier apertura a las reivindicaciones del «cuarto estado»—; en el plano nacional —la potenciación de un particularismo demasiado proclive a superponer los objetivos estrechamente catalanes a la realización de una gran política de Estado: flagrante contradicción con aquello que convierte en solución española la aspiración catalana—. Cuando los dos planos se interfieren puede producirse —cúe hecho, se produce— una inversión de todos los valores exaltados por la llama romántica del catalanismo según Prat, según el propio Cambó; una ruptura insolidaria frente a las reiteradas apelaciones a la solidaridad.

En cuanto a las *limitaciones sociales* del regeneracionismo catalán a comienzos de siglo, es un hecho que el movimiento de masas polarizado por Cambó no rebasa casi nunca —sólo, tal vez, en su fase definidora y ascensional— determinados sectores de clase; los ideales regionalistas de la Lliga se identifican con los de una pictórica burguesía —la más fuerte y dinámica de la Península, desde luego—. Es ésta, a mi modo de ver, una de las *razones profundas* del entendimiento Maura-Cambó, y en ella hay que buscar la clave del fracaso en que se resume la obra política de uno y otro. Maura, el político más respetado y admirado por Cambó, el que abrió un primer cauce a la descentralización del Estado con su proyecto de Ley de Bases de Régimen Local, fue, en el regeneracionismo español de comienzos de siglo, un gran promotor de la «revolución desde arriba». Atenido a sus discursos, a sus consignas, el profesor Pabón escribió en su magnífico prólogo al libro de Sevilla Andrés sobre Canalejas: «La segunda etapa de la Restauración seguirá careciendo de sentido mientras no consideremos a Maura como una gran figura revolucionaria... Nuestra resistencia desoirá la verdad, que él proclamó constantemente, con elocuencia incomparable, y en todas partes... Su fe política esencial era su fe en el pueblo; y en ella latía esa creencia en la bondad natural del hombre, raíz de la revolución contemporánea...»<sup>22</sup>. La observación

<sup>22</sup> Merecía mucho más, reproducido en *Días de ayer*, Barcelona, 1963, pág. 114.

de Pabón resulta muy cierta, siempre que tengamos presente que la «revolución contemporánea» se resume, en realidad, no en uno, sino en dos grandes ciclos revolucionarios: el ciclo liberal-burgués —culminante, para España, en el sexenio «democrático» de 1868 a 1874— y el ciclo revolucionario socialista, iniciado a través de la A. I. T. en la doble corriente alumbrada por Marx, de una parte, y por Bakunin, de otra. Ahora bien, Maura no comprendió nunca las razones de fondo de la segunda gran revolución contemporánea (razones que, poco a poco, han ido asimilando todos los viejos partidos liberales de Occidente). El político mallorquín se inserta en la síntesis lograda por Cánovas entre los términos dialécticos de la revolución liberal española (tradicionalismo y progresismo); pero no «intuye» —como lo harían Canalejas y Dato— la nueva síntesis requerida por el horizonte socialista. Cuando apela a la conciencia ciudadana, cuando pretende obligar al ciudadano a que asuma sus deberes y libertades constitucionales, la palabra «pueblo» no rebasa en sus labios de determinados sectores sociales: las famosas clases medias, equivalente, en la peculiar sociedad española, de la burguesía —alta y baja—, protagonista de la primera gran revolución contemporánea, tras haber operado la «revolución industrial». (No olvidemos que la plataforma de esa «revolución industrial», en el caso español, es Cataluña.)

Y en esta arraigada «conciencia de clase» halla precisamente su contraste el ímpetu romántico, sentimental, que da grandeza a la obra política de Francisco Cambó. Desde fecha temprana abandona el propósito de movilizar al obrerismo en sus campañas; y alega una razón que no puede convencernos, esto es, su repugnancia por *la demagogia*. En una de las páginas más definidoras de estas interesantes *Membries* escribe: «Recuerdo el consejo que mi dilecto amigo Francesc Ripoll me dio entonces y continuó dándome durante mucho tiempo: ¿Por qué no se hace usted el ídolo de la masa obrera catalana, arrancando fácilmente a Alejandro Lerroux la dirección de aquélla, en lugar de hacerse el ídolo de la burguesía, que nunca le tendrá a usted tanta fidelidad? La observación de Ripoll me hizo pensar mucho. Intenté dar conferencias a núcleos obreros en Sans, en Mataró, en Sabadell. Por doquiera los obreros me recibían bien, y mis palabras, llenas de amor hacia ellos, eran fervorosamente acogidas. Yo tenía todas las cualidades para ser un líder obrerista, menos una capital: mi repugnancia absoluta por la demagogia; y pronto me convencí de que, no transigiendo con la demagogia, yo no podía reunir más que una selección de obreros de escasa influencia, pero que nunca tendría conmigo la masa obrera, ni tan sólo la *catalana*, salvo algunos núcleos obreros selectos»<sup>23</sup>. Esta confesión es sumamente clarificadora; implica una pregunta obligada: en la situación social de comienzos de siglo, una política abierta a las reivindicaciones obreras, ¿sólo podía ser demagogia?

Cuando sobrevino el oscuro, el irracional movimiento convulsivo de 1909 —la famosa Semana Trágica—, la peor demagogia campó por sus respetos. ¿Hasta qué punto no fue responsable de aquel anárquico estallido de violen-

<sup>23</sup> *Membries*, pág. 80.

cías una burguesía incapaz de rebasar generosamente sus egoísmos de clase, y que seguía rasgándose las vestiduras cada vez que el «Estado» dejaba de ser su incondicional apoyo, apelando a más justas posiciones arbitrales? Pienso en el revuelo que en los medios patronales de Barcelona había despertado —en 1900— la tímida legislación laboral iniciada por Eduardo Dato. De entonces data la animosidad de la Lliga contra el ministro conservador. Cambó nos refiere aquí su responsabilidad directa en las famosas *xiulades* (silbas) con que fue acogida la visita del ministro (lo era de la Gobernación en el gabinete Silvela, que entonces ocupaba el poder). «Amigos poco inteligentes —escribe Cambó— le habían convencido de que con aquellas leyes se había ganado la simpatía de la clase obrera catalana, y de que si iba a Barcelona sería ovacionado por ésta, de forma tan estrepitosa que la burguesía catalana no se atrevería a salir de casa...» Y afirma, con satisfacción: «Tanto en Sabadell como en Tarrasa, los que silbaron a Dato fueron obreros, los obreros con los que él contaba, y con ellos coincidían los patronos y la clase media...»<sup>24</sup>. Pero esta afirmación es muy discutible. Si nos atenemos al gran estudio de Romero Maura sobre los comienzos de siglo en Cataluña, el obrerismo catalán pecó de «apatía» por no haber participado en los disturbios del cierre de cajas, ni en las manifestaciones contra Dato<sup>25</sup>. ¿Dónde está la verdad? Como advertí en otro lugar, Romero Maura comete un error de enfoque. En 1900 los obreros sabían separar sus intereses de clase de las maniobras de burda urdimbre burguesa que intentaban movilizarlos contra Dato. Aduje un documento muy claro: el memorial que un amplio núcleo de proletarios catalanes, encabezados por la famosa «Unión de las Tres Clases de Vapor» dirigió al ministro el día 5 de mayo, negando enérgicamente que «fueran obreros, y mucho menos de los que comparten las aspiraciones de la inmensa mayoría de los jornaleros de esta capital, los individuos que se ha dicho hicieron manifestaciones de desagrado en el día de ayer a la llegada de V. E. a esta ciudad». Los firmantes del memorial advierten, con toda lógica, que «si no han de realizar acto alguno que pueda ser interpretado como de adhesión a instituciones, procedimientos e ideas de todo punto opuestos a los por ellos patrocinados, tampoco incurrirán en la contradicción de hacer la causa de los que entienden ser sus principales enemigos, tomando parte en contiendas de las que nada puede resultar en beneficio de las clases desheredadas a que pertenecen»\*,

Insisto. Los intereses de clase se superponen con eficacia notoria, para desvirtuar el romántico programa «liberador» sustentado por Cambó. Es muy significativo lo ocurrido en 1920-21, en plena etapa de la llamada «guerra social» entre el Sindicato Único y la patronal. Dato —precisamente Dato— gobernaba por última vez: desde 1917 —prueba que puso de manifiesto su

<sup>24</sup> *Memoñes*, págs. 70 y 71.

<sup>25</sup> Joaquín Romero Maura, *La Rosa de Fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Barcelona, 1974, pág. 158.

<sup>26</sup> «Regeneracionismo y tensiones sociales (en torno al Gobierno Silvela de 1899-1900)», en *Homenaje a don Jesús Pabón*, II, 1978, págs. 256-257.

energía de auténtico estadista— no había vuelto a empuñar el timón del poder. Ahora, al enfrentarse con la grave situación planteada por la llamada «guerra social», traducción, en los medios industriales de Cataluña, de la ola de agitaciones provocada por la postguerra mundial, en el difícil reajuste de la economía de guerra a una economía de paz, volvió a intentar una política de conciliación. Mientras brindaba a los medios empresariales un reajuste arancelario capaz de compensar las pérdidas provocadas por el cambio de signo de la balanza comercial —excepcionalmente favorable durante los años de la Gran Guerra—, iniciaba un nuevo despliegue de medidas sociales —culminante en la fundación del Ministerio de Trabajo— y se esforzaba en brindar garantías a las grandes sindicales. En esta línea, su ministro de la Gobernación, Bergamín, tendió vínculos de entendimiento, desde el Gobierno, a las organizaciones obreras. Ahora bien, la poderosa «Patronal» —tan vinculada a la Lliga— miró con creciente inquietud lo que consideraba «incomprensión del Centro» para la *tragedia catalana*. En noviembre, después de un período de relativa calma, tuvo lugar un nuevo atentado social. Inmediatamente, la «Patronal» utilizó el acontecimiento para reclamar un cambio de política: en definitiva, el abandono del «diálogo», y un retorno a la «mano dura» aplicada a los sindicalistas, sin discriminaciones. Dato se planteó, pues, la posibilidad de plegarse a esas exigencias, como réplica a la «subversión latente». Hizo llegar un mensaje explícito al jefe de la Lliga: «¿A quién quieren ustedes, en definitiva, como gobernador en Barcelona?» La respuesta de Cambó fue tajante: «Al general Martínez Anido.» Ahora bien, el nombramiento de Martínez Anido y la aplicación de sus «métodos» eran la negación de las presuntas aspiraciones del regionalismo catalán (desplegado, recordémoslo, como réplica a la antidemocrática «Ley de Jurisdicciones» de comienzos de siglo). La guerra dura y sucia entre la Patronal y el Sindicato Único desplazaba ahora todo intento de equilibrio, de diálogo civilizado, en la pugna social. Las consecuencias no las pagó Cambó; tampoco Martínez Anido. Las pagó el propio Dato, caído en el cruento atentado de marzo de 1921.

Ahora bien, he aquí la única referencia que al tema hace Cambó en sus *Membries*: «... El 8 de marzo era asesinado Eduardo Dato, el hombre que se creía con más derecho al amor de la clase obrera por haber sido él quien, en España, inició la legislación social. Los sindicalistas no le perdonaron el nombramiento de Martínez Anido»<sup>27</sup>. (Ni la menor referencia a su propia responsabilidad en este nombramiento. Lo reclamó verbalmente y a través del teléfono. ¿Creyó que no quedaba huella de sus palabras? Unas *Memorias* mucho más ingenuas que las de Cambó, las de la princesa Piedad de Hohen-lohe<sup>28</sup>) nos han informado puntualmente sobre los hechos.)

De esta supeditación de los programas de partido a muy concretos intereses de clase podría trazarse una línea continua que, pasando por la cerrada ofensiva contra los proyectos de reforma hacendística de Santiago Alba, lle-

<sup>27</sup> *Membries*, pág. 334.

<sup>28</sup> Princesa Max de Hohenlohe Langenburg, *Erase una vez...*, Madrid, 1954, pág. 263.

gan —ya en plena República— a la crisis planteada en el seno de la Generalidad en tomo a la «Ley de contratos de cultivo».

En la pugna contra los proyectos de Alba se intercala, por lo demás, el otro aspecto «negativo» que a las veces traiciona de lleno la significación del catalanismo, según Cambó; me refiero a las complejas relaciones Barcelona-Madrid, en las tensiones entre una política de Estado y una política de estricta dimensión *catalana*. En Cambó se da —lo hemos dicho antes— una de las expresiones más brillantes del *seny*: la que configura un regeneracionismo vinculado a las tesis de Prat de la Riba sobre el concepto de España; entendiendo la *afirmación de Cataluña* como un estímulo potenciador de la *patria española*, nunca como fermento disgregador de España. *Catalunya lliure dins l'Espanya gran* (Cataluña libre en la España grande) fue la definidora consigna que presidió la campaña por la «autonomía integral», en 1918. El regeneracionismo catalán —la culminación de una auténtica «revolución burguesa» programada desde la periferia— aceptó, desde 1904, la realidad monárquica como un cauce de continuidad capaz de hacer posible el cambio sin trastornar el orden social; como un nexo histórico entre las posibles «libertades regionales». «Yo —escribe el propio Cambó— nunca había sentido por la Monarquía una adhesión sentimental. La consideraba como órgano de estabilidad, y hasta como un medio para que España pudiese estructurarse en un régimen de autonomías sin que por eso peligrase la unidad: era preferible que el sentimiento de unidad, tan vivo en gran parte de España, se mantuviese con el símbolo de la Monarquía, que no que hubiese de establecerse sobre la dura realidad de una organización centralizada.» «En el cambio de régimen yo no veía más que la probabilidad, casi la seguridad, de que España entrase en un período caótico»<sup>29</sup>.

Y, sin embargo, cuando la pugna por la autonomía alcanzaba límites difíciles de salvar, en el Parlamento y en la opinión española —no catalana—, Cambó olvidaba con frecuencia el *seny* y se dejaba arrastrar por la *rauxa*. Tal es el caso de uno de sus discursos más célebres, en el que vibra la famosa frase: «¿Monarquía? ¿República? ¡Cataluña!» Porque en definitiva, y habida cuenta de sus convicciones en lo fundamental —la creencia de que la República supondría, para España, el hundimiento en un período caótico—, esa afirmación ciertamente demagógica significaba lo mismo que comprometer la suerte de la *Espanya gran* para salvar sobre su sacrificio las aspiraciones particularistas de Cataluña. A lo largo de la lectura —apasionante a veces— de estas *Memories* queda claro algo que supo salvar Pabón, desde una perspectiva mucho más amplia; que los juicios de Cambó acerca de sus grandes contemporáneos atienden siempre a una sola cuestión: lo que éstos significan —o estima él que significan— para Cataluña y sus aspiraciones (es decir,

para las aspiraciones de la Lliga). En tal sentido, cabría decir que las *Me-mbries* establecen una maniquea disección, en la política española del primer tercio de nuestro siglo, entre «buenos» y «malos». Son buenos Maura —sobre todo—, Salmerón (sumado a la Solidaridad Catalana en 1906) y, a partir de un cierto momento, el propio Canalejas, en cuanto apadrinó el proyecto de mancomunidad para Cataluña. Son malos Moret, Alba —polo opuesto a Maura en la estimación de Cambó—, Dato — pese a que él hizo posible, en definitiva, la mancomunidad, acudiendo al decreto-ley para cortar el «nudo gordiano»: y es que la fidelidad absoluta de don Eduardo al edificio político de la Restauración, tanto como sus avances en materia social, le hacían particularmente antipático a Cambó y sus seguidores—; es muy malo, por supuesto, Lerroux,

Por lo general, estos juicios tajantes requieren una revisión a fondo; ninguno tanto como el relativo a Alba. Sabemos bien —ahí está el magnífico estudio de los profesores Roldan y García Delgado, *La formación de la sociedad capitalista española, 1914-1920*; y, en un tono menor, la biografía de García Venero, bien respaldada documentalmente, sin embargo, *Santiago Alba, monárquico de razón*— lo que significó, como cauce «regeneracionista», el gran programa de Alba para la Hacienda española, llevado a las Cortes de 1916: un «plan de estabilización» desdoblado en un amplio «plan de desarrollo», según la terminología oportunista, pero aguda, de García Venero. Sabemos lo que pudo aportar a la situación española durante la guerra «europea» —un Estado pobre en un país súbitamente enriquecido gracias a la neutralidad— su proyecto de ley gravando los beneficios extraordinarios proporcionados por la coyuntura bélica. Es evidente el nudo de intereses que se alzó como obstáculo insuperable ante los justísimos programas fiscales de Alba. Cambó se limita a advertir: «La exposición (de Alba) se hizo en la tarde del 30 de septiembre de 1916, que era un sábado. Al día siguiente, domingo, me aislé, consagrandome el día y parte de la noche, al examen de todos los proyectos. Y este examen me llevó a la conclusión de que bajo una apariencia formidable, había allí grandes fallos técnicos y muchas copias banales de proyectos aprobados o en discusión en parlamentos de países que se encontraban en situación totalmente diferente a la nuestra»<sup>30</sup>. Pero su concepto acerca de la lúcida planificación de Alba no pasa de una reacción intransigente ante los que Cambó considera «sagrados intereses» de Cataluña —o, lo que viene a ser lo mismo para él, «sagrados intereses» de la clase empresarial catalana—. Así, Alba se convierte a sus ojos en una especie de «enemigo público» al que hay que hundir como sea. Cuando, dos años después, el propio don Santiago, olvidando agravios muy hondos, le tiende la mano durante una comida en «Lhardy» («Yo en Hacienda y Cambó en Fomento, o yo en Fomento y Cambó en Hacienda, puestos de acuerdo, podemos salvar y hacer la grandeza de España», había dicho al rey), Cambó se limitará a «darle largas» con gesto de desconfianza. Que la razón estaba de parte de

<sup>30</sup> *Membries*, pág. 243.

Alba se haría evidente pasados los años de la Dictadura. Entonces, en los días críticos de 1930, fue el propio Cambó quien buscó ese «entendimiento» como único medio de «conjurar» la ofensiva republicana que se veía venir. Se entiende el recelo y el escaso entusiasmo de Alba, a tales alturas. La gran campaña de descrédito contra él, de que se hiciera eco ingenuamente Primo de Rivera, al producirse el golpe de Estado, había venido de Cataluña; había sido minuciosamente orquestada por los hombres de la Lliga.

\* \*

Las contradicciones —en el plano social, en el plano nacional— que configuran la imagen pública de Cambó, se hacen acusadísimas en sus relaciones con el rey. Siempre se mostró don Alfonso deferente y afectuoso con el político catalán: le admiraba plena y sinceramente. Las *Membries* son injustas y duras con el monarca, sin embargo. Le culpan, desde luego, por su actitud ante Maura en 1909 —pero sobre las razones profundas de la crisis ya hemos dicho bastante—. El maurismo de Cambó no le permite, ni siquiera en la coyuntura política de 1913, en la que la actitud del jefe conservador resulta difícilmente salvable, recordar sus propias afirmaciones de aquel tiempo: «Colocado en la postura de la normalidad constitucional, a base de un partido de gobierno y de una oposición de S. M. que han de turnar en el poder, la postura del señor Dato en nombre del partido conservador, aceptando el poder, me parece mucho más firme que la postura del señor Maura negándose a aceptarlo.» En 1918 —en la cresta de las perturbaciones que en Europa provocó la postguerra, perturbaciones acentuadas por las propagandas de «liberación nacional» contenidas en los trece puntos del presidente Wilson— el propio rey se adelantó a alentar las aspiraciones de Cambó —alternativa española a los maximalismos secesionistas que se podían prever—. La campaña desplegada a favor de la «autonomía integral», culminante en el proyecto de estatuto elaborado a comienzos de 1919, quebró, sin embargo, en la gravísima crisis social concretada en la famosa «huelga de la Canadiense»: agitación de signo muy diverso al que movía la campaña autonomista. ¿Por qué se consideró entonces abandonado o traicionado el líder catalán? Como afirmación conservadora, en la doble perturbación, brotó poco después la corriente de afirmación monárquica, sin condicionantes, de Alfonso Sala, cuya lealtad premiaría el propio rey con el título de conde de Egara: Cambó entendió esta distinción como una ofensa. Su actitud frente a la Corona era la misma que la de los políticos del «turno», dispuestos a exaltar al rey siempre y cuando éste sirviese a su propia política y a desacreditarlo en cuanto diese paso a otra alternativa de gobierno.

Fue en esa época cuando Alcalá-Zamora apostrofó a Cambó, en las Cortes, de esta manera: «Cabe que vacile entre ser el Bolívar de Cataluña o el Bismarck de España, pero es imposible que quiera ser las dos cosas al mismo tiempo.» Por una vez, la retórica de don Niceto dio en plena diana; y lo reconocería el propio Cambó; ese «gran discurso», escribe, «en el fondo en-

cerraba una gran verdad». Nunca se haría más nítida la disyuntiva que en la ocasión única de 1922. El caso fue referido por Pabón —con fidelidad absoluta, como siempre, a las *Memories*—. La marcha de la política española, tras la grave crisis de 1917, tras el fracaso del Gobierno Nacional de 1918, tras la doble catástrofe de 1921 (asesinato de Dato, en marzo; desastre marroquí de Annual, en julio), ofrecía cada vez mayores dificultades dentro de unos cauces normales, según la ortodoxia canovista: la Dictadura se percibía ya en el horizonte. Sólo cabía el recurso a los «bloques»: el bloque de derechas, encarnado desde 1909 por la fuerte burguesía vinculada a la Lliga y por la corriente, a veces tumultuosa, del maurismo; el bloque de izquierdas, cuya articulación se operaba en aquellas fechas, bajo el impulso de Santiago Alba y de Melquíades Álvarez. Las dos soluciones fueron intentadas, una tras otra, por el rey; el desmoronamiento de la segunda abriría el camino al golpe de Estado. Pero el bloque de derechas, la solución más adecuada a las crispaciones provocadas por el famoso «expediente Picasso», ni siquiera se pudo poner en pie. Don Alfonso pensó en un gobierno Maura-Cambó respaldado con todas las ventajas posibles: se superpuso el desánimo —la decadencia— de don Antonio: «Es demasiado tarde para mí.» Meses después, el rey apeló a Cambó. Esa apelación implicaba una dificultad. ¿Podía el líder de un partido de ámbito regional convertirse en el gran valedor de un ambicioso programa político de amplitud nacional? ¿Cabía que Bismarck desplazase a Bolívar? Quizá el planteamiento del rey, sus palabras, fueran inadecuadas o torpes. Las guió, en todo caso, la mejor voluntad. «Dijo que él no tenía verdadera confianza más que en mí, porque Maura ya estaba viejo y decadente, y que creía que yo era el único hombre que podría salvar al país. El estaba dispuesto a darme el poder total, para que gobernase con Cortes, o sin Cortes, cuando éstas me estorbasen..., a jugar su suerte con la mía, pero con una sola condición: que yo había de dejar de ser el líder de las aspiraciones catalanas, que yo había de domiciliarme en Madrid y no sentirme más que español, porque toda solidaridad mía con *Cataluña* me creaba una hostilidad en el resto de España que hacía imposible que yo pudiera imponerme a pesar del soporte incondicional del rey. Y entonces, cogiéndome las manos, vino a decirme: ¿Por qué se ha de sacrificar usted y nos ha de sacrificar a todos por Cataluña, si de Cataluña no recibe usted más que agravios y no se le tiene la consideración que usted merece?»<sup>31</sup>. («El error de don Alfonso —comenta Pabón— nos parece muy claro. No entendía el catalanismo de Cambó. El catalanismo político—el de Cambó concretamente— contenía una visión total de España, merced a la cual se aspiraba a gobernarla y a regirla, y sin la cual la política de Cambó perdía su razón de ser»<sup>32</sup>). El comentario es muy exacto; pero la oferta de don Alfonso partía de una realidad, la subrayada en la disyuntiva que bosquejó Alcalá-Zamora —Bolívar o Bismarck—, y que el propio Cambó reconoció que «encerraba una gran verdad».) La sinceridad del

<sup>31</sup> *Memories*, pág. 364.

<sup>32</sup> *Cambó*, II, 406.



rey no palió, sin embargo, el desacierto de los términos en que se produjo. En cualquier caso, Cambó consideró una ofensa la proposición del monarca; y el despecho le nevó, aquella misma tarde, en el Parlamento, a echar leña al fuego encendido en torno al debate sobre el expediente Picasso. Pero confiesa, muy significativamente: «No tardaron en surgir en mi espíritu las dudas de si había obrado bien o mal...»

Fue, en todo caso, la gran ocasión perdida para Cambó y para España. (En 1930, ya con toda la resaca en contra de los años de dictadura recién clausurados, la ocasión volvería a surgir, pero sin horizonte real.)

A raíz de la muerte del gran político catalán, don Juan Ventosa, uno de sus seguidores más próximos y brillantes, escribió: «Cambó no dio de sí todo lo que podía dar. Pudo haber hecho incomparablemente más. Nadie lo deseó con más intensidad que él. Conociéndolo bien, afirmo con plena seguridad que ni fortuna ni honores pudieron colmar en su espíritu el vacío de la obra no realizada... Precisamente ésta ha sido, a mi juicio, la gran tragedia de su vida: sentir, dentro de sí, la fuerza creadora y ver cómo se esterilizaba por razón de circunstancias diversas, de origen físico y de orden político, imprevisibles unas, insuperables otras»<sup>33</sup>.

Antes y después de la Dictadura, Alfonso XIII *había sabido ver* en Cambó la gran figura de la derecha española *para el siglo XX*. Si el régimen de Primo de Rivera, muy influido por las ideas cestistas, pretendió, en su última significación política, lograr una transformación de la *ficción* denunciada por Costa, en una *realidad* vinculada a fuerzas sociales auténticamente vivas, el rey estaba convencido, por su parte, de que en tanto la «izquierda real» sólo podía lograrse en el horizonte socialista, la «derecha real» había que buscarla en la vigorosa corriente conservadora —moderna y europea— definida en el catalanismo de Cambó. Cuando el general Berenguer se hizo cargo de la difícil herencia de Primo de Rivera, advirtió a don Alfonso de su inexperiencia, de la dificultad de base que sería, pese a su buena voluntad, poner en marcha una transición hacia la democracia capaz de evitar el derrumbamiento en la revolución. El monarca le aconsejó que contase con Cambó. Resulta patético el relato que éste nos hace de su hundimiento físico precisamente cuando parecía sonar su hora decisiva; en su viaje de París a Barcelona, emprendido al producirse la caída del dictador, se le declaró la enfermedad de garganta que, apenas llegado a España, le sería diagnosticada como cáncer. Requerido por Berenguer desde Madrid, opuso una negativa a su colaboración directa en el gobierno, sin desvelar los motivos reales de esta actitud.

La ocasión, mucho tiempo esperada, se desvanecía en una jugada cruel del destino. Pero, repito, no era ésta, en todo caso, la «gran ocasión»: la «gran ocasión» había pasado ocho años antes, en 1922. Recordemos que la

Dictadura sobrevino en 1923; que ella incubó, a la larga, el hundimiento del régimen, y que la República fue un plano inclinado hacia la guerra civil y la revolución. (El esquema de Cambó sobre esta última es muy somero, y en buena parte insatisfactorio; pero resulta evidente que en el nuevo régimen, alumbrado en Barcelona a los gritos de *¡Visca Maciá! ¡Mori Cambó!*, él sólo podría ser ya una supervivencia del pasado.) Cabe pensar que la llamada del rey en 1922 —la llamada desoída para que prevaleciese Bismarck sobre Bolívar— abrió un interrogante y situó a Cambó en una alternativa que no supo resolver de acuerdo con lo que la historia le exigía. Y la historia se cobró, con creces, ese error.

C.S.S.\*

\* 1923. Catedrático de Historia Contemporánea.  
Miembro de la Real Academia de la Historia.